

Efraín Bartolomé: leal a la tierra

Marco Antonio Campos

MARTÍN LUIS GUZMÁN

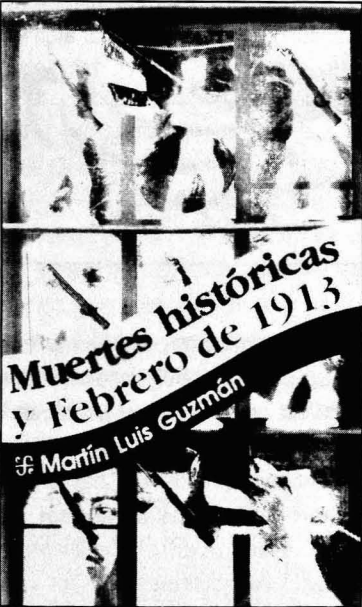
JAVIER MINA

Héroe de España
y de México

"Gran día para Javier Mina fue
aquel en que sus mayores
añadieron a la enseñanza
de la laya y el arado, alterna
con la de unos cuantos libros,
la de la escopeta."

Martín Luis Guzmán

**MUERTES
HISTÓRICAS Y
FEBRERO DE 1913**



En *Muertes Históricas*, proyecto
inconcluso, Guzmán alcanzó a
retratar el otoño parisino de
Porfirio Díaz y la dramática
huida y asesinato de
Venustiano Carranza en 1920.

Febrero de 1913 es una
crónica de la asonada que le
costó la vida a Madero.

Otros títulos del autor en el
FCE:

- OBRAS COMPLETAS
- ICONOGRAFÍA
- PIRATAS Y CORSARIOS

De venta en librerías

Escribir Chiapas es recordar también un linaje de poetas que escriben desde hace aproximadamente cuarenta años un solo y admirable poema colectivo sobre las dulzuras y crueldades de su estado natal. Es citar nombres como Rosario Castellanos y Jaime Sabines, Juan Bañuelos y Óscar Oliva, Eraclio Zepeda y Elva Macías, Raúl Garduño y Efraín Bartolomé. Poetas desesperadamente telúricos para quienes mundo, poesía, música, cuerpo, paisaje, familia, comunión humana, son como, o son verdaderamente, sangre, huesos, músculos, arterias, piel, corazón. De ellos, a Bañuelos, Zepeda y Oliva, que formaron en los años sesenta el grupo de la Espiga Amotinada, los persiguió sin tregua el demonio de la política.

Su poesía es apreciablemente lo opuesto a esa estética "fina y sutil" que tantos elogios desmesurados recibe de la crítica exquisita; si escriben piedra, flor o árbol, tienen que parecer y ser piedra, flor o árbol, y no palabras hermosas y vacías. Debe escribirse a puñetazos, a escupitajos, a gritos. Debe escribirse, como proponía Bartolomé, *contra el ángel*. Del combate saldrá sin duda otra poesía. Es preferible perder la batalla o ser el ángel caído, que vivir en un cielo equivocado.

Chiapas, y sobre todo Ócosingo, es el centro múltiple de la poesía de Bartolomé: allí estuvieron los padres de los padres, allí viven los padres y allí dura la casa, y allí quedó la infancia. Bartolomé regresa una y otra vez y contempla y recuerda y explora. Quiere saberse allí, nombrar meticulosamente lo que fue y probablemente ya no será a poco o mediano plazo: esos ríos, esas cañadas, esos cafetales, esa selva, esas lagunas, esa cascada, esas cabalgatas... Lo observa todo con el ojo milimétrico del jaguar. Esos son los ríos: el Lacanjá, el Azul, el río de la Pasión, el Jataté, el Chamenhá, el Sabinal; esos son los árboles: la ceiba, el cedro, el guayacán, el tamarindo, la anona, el cocotero, el flamboyán, el mamey; esos son los animales, las serpientes y las aves; el puma, el tigre, el jaguar, el ocelote, el cocodrilo, el lagarto, el saraguato, el mono, la tortuga, el tapir, el hurón, la nigua, la nauyaca, el quetzal, la pea, la guacamaya, la garza. Quiere ver,

oír, oler y tocar sombras, silencios, rumores murmullos, masas verdes, el color.

En un tiempo en el que el hombre destruye la naturaleza en nombre de palabras como modernización o necesidades de la sociedad, el poeta asume el papel elegíaco de nombrar lo que se va o se pierde, aunque le entristezca y duela la tarea. Al destruirse o erosionarse la naturaleza se destruyen o erosionan el corazón, la casa y la niñez. Entonces el paraíso, más que un infierno se vuelve un desierto. O quizás al irse volviendo un desierto se comienza a vivir en el infierno. Oigamos un momento a Bartolomé hablarle a su hijo:

Era el tiempo de loros. Existía el Canchishal: cerradísimo bosque de canchish bordeando el Chamenhá, pantano que crecía con la lluvia hasta llenar su nombre: Agua Muerta. El silencio salía de todos los rincones, de la techumbre espesa de los árboles, del agua atrevesada por los cascos violentos del caballo, del ala de las peas y de las guacamayas, de la frescura que la hojarasca cubre. En este río nadé: sumergí mi silencio en este cuerpo verde de serpiente, en esta furia quieta.

Amarillos y verdes dominan: el verde oscuro de los cafetales, bosques y selvas; el amarillo del sol, del rayo y del relámpago.

Lo contrario al jardín del edén es para Bartolomé la ciudad. ¿Por qué se abandona el paraíso para hundirse en un ruidoso y ciego infierno de concreto y hierro? ¿Por qué el anhelo, involuntario o no, del descenso o la caída?

No hay casi poeta mexicano moderno que no haya venido del interior de la república a la gran ciudad —desde López Velarde y Pellicer a Monterrey, Hernández y Bartolomé— que no le represente ésta el extremo oscuro de la utopía y la negación de la inocencia. Curiosamente una de las excepciones es Jaime Sabines: al descenso que significó *Tarumba*, que compendia años de angustia y tedio en Tuxtla Gutiérrez, siguió *Diario Semanario*, una recuperación respirable y admirada de la ciudad de México.

Ciudad bajo el relámpago, editado en 1983, es uno de los libros más notables que se han escrito sobre nuestra gran urbe. Es la cara negativa del paisaje inolvidable

del estado natal. Es el extremo detonante del paraíso abandonado. Escribe Bartolomé extraordinariamente:

Y es que hay árboles tristes bordeando
la calzada
y hay un rencor amargo en la raíz del
pecho
Y es que una sola gota de ciudad
haría amargo el mar

Libro cuyas imágenes parecen salidas de una pesadilla. Una ciudad que semeja una boca monstruosa y negra dispuesta a tragarse todo. Una ciudad donde un aire de inmundicias inunda el aire, y el follaje de los árboles da su cara triste al irse marchitando, donde las flores se apagan y calles y plazas y jardines se cubren de polvo y de basura, donde "los pájaros no cantan en la noche" y "las hojas tiemblan ante la calle sola", donde los crímenes se multiplican y la soledad es sorda y amarga. La ciudad es una fiera de garras implacables que acecha, cerca, da el zarpazo, desgarrar, se alimenta de ti, de mí, de ustedes, de ellos. La ciudad misma escurre hacia la coladera. No hay salidas. Pero ¿no hay salidas? Como al escapar de una pesadilla, se huye del libro. Hay que correr. Hay que correr. Hay que salvar la vida:

Nadie sintió los rencorosos cascos
la finísima baba
un claxon

Un semáforo en rojo
Es la vida de nuevo
Corremos

Y la mujer. Poesía, naturaleza y mujer, son los cielos de Bartolomé en un mundo condenado. La mujer es goce, muerte y resurrección. Con ella se nace y se renace. Cada milímetro de su piel debe ser parte del cuerpo del amante. El verdadero nombre del universo es femenino. El cuerpo de la mujer protege para siempre:

Este es en fin el río que gota a gota te
construyo
He querido cantar sobre el papel como
sobre tu cuerpo

He quedado rendido
Lacio y fatigado como los días después
del temporal
Déjame descansar junto a tu cuerpo
Sobre tu vientre
Arrópame

Dijimos al principio que un linaje de poetas chiapanecos escribía desde hace aproximadamente cuarenta años un solo y admirable poema colectivo. Una parte madura y luciente del libro la ha escrito Efraín Bartolomé. ◇

Luces y Sombras de la Historia Novohispana

Boris Berenzon Gorn

Acostumbrados a mirar nuestro pasado con los ojos del siglo XIX continuamos considerando que la Iglesia fue un factor de estancamiento. Convendría, sin embargo, cambiar la mirada y considerar que hay sociedades a las cuales la religión, a la par que antídoto, sirve también como lugar de elaboración política e ideológica. El panorama entonces se torna más complejo. Ya no es la mirada lineal del jacobino sino la del hombre que a través de múltiples caminos, a ciegas, labra su historia. *Una monarquía criolla (la provincia agustina en el siglo XVII)* de Antonio Rubial es un ejemplo de ello.

Rubial rompe la falsa conciencia que ha servido para elaborar la mayoría de los textos de historia referentes al México colonial; falsa conciencia que desde el siglo XIX lleva a mirar el pasado como una historia apologética. *Una monarquía criolla* surge como resultado de una paciente búsqueda documental en el Archivo General de las Indias de Sevilla; en sus páginas vemos recreada la vida de la provincia agustina del siglo XVII y todo el proceso de relajación al que estuvo sometida bajo el mando de Fray Hernando de Sosa. Luces y sombras; en una nuez la interpretación decimonónica tendría aquí su aplicación; pero entonces sería incapaz de explicar el proceso histórico. Fray Hernando fue un criollo que dominó a su capricho a la provincia y que, incluso, llegó a recibir el apelativo de "monarca". Este proceso llega a su culmen con Fray Diego Velázquez de la Cadena, quien tuvo a la orden bajo su control por casi más de veinte años.

Antonio Rubial presenta un análisis extraordinario de los agustinos de la segunda mitad del siglo XVII; pero no se queda en la revisión de la provincia de Santo Nombre de Jesús sino que ésta le sirve de pretexto para revisar los procesos de acomodo por los que atraviesa la sociedad colonial del siglo XVII; sociedad e Iglesia resultan espejo y reflejo del mismo momento; la capacidad del autor para entender el binomio y estudiarlo hace de éste un trabajo profundo y sistemático.

El texto de Rubial gira alrededor de la pugna entre peninsulares y criollos por el poder eclesiástico. Los mecanismos de control político que los criollos elaboran en

la provincia agustina son la respuesta al poder centralizador de España. Algunos historiadores han señalado que la religión fue la única alternativa que a su mano tuvieron los criollos para obtener posiciones políticas ante el virreinato. Es cierto que si no fue única, sí fue la que eligieron y estructuraron según se presenta en *Una monarquía criolla*.

¿Por qué monarquía? Se trata de un complicado mecanismo de control por el cual, al margen de toda legalidad, los criollos agustinos lograron detentar el poder frente a los peninsulares. Este proceso parece estar ligado, aunque Rubial no lo cita, a un texto elaborado precisamente por otro agustino novohispano a principios del siglo XVII. Me refiero al *De justicia distributiva* de Juan de Zapata y Sandoval que en la tercera década del siglo ya alegaba el derecho de los criollos a detentar el gobierno de sus comunidades.

Una monarquía criolla da la posibilidad de entender la sociedad colonial del siglo XVII, en donde se mezclaban el naciente sentido nacionalista en los criollos y un todavía pesado sentimiento colonialista en los peninsulares. Ambos marca y símbolo del momento que Rubial presenta en la provincia agustina del Santo Nombre de Jesús.

Esta idea común de hacer historia, en que los actos de corrupción, o aquellos que se salen de lo establecido, son censurados, o mitificados, adquiere un tinte distinto en la interpretación histórica de Antonio Rubial porque logra trasladarse y entender la realidad de los agustinos del siglo XVII; con lo que limita la sola explicación equivocada hecha desde la perspectiva contemporánea del juicio con la que comúnmente es trabajada la historia colonial mexicana. ◇

Antonio Rubial García. *Una monarquía criolla. (La provincia agustina en el siglo XVII)*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, 190 pp. (regiones).

